

PITÁGORAS VIDENTE

LA LEYENDA PITAGÓRICA.

La desigualdad de los hombres es una de las condiciones del progreso, y uno de tantos misterios que no hallan explicación en nuestra ciencia. ¿Por qué esa avaricia de lo creador, que no da de golpe y a todos el caudal entero de sus dones? Vanas son las respuestas, y sólo es innegable la existencia de los espíritus elegidos que ven aparecer la teoría luminosa de las verdades nuevas. Desde la infancia se distinguen por cierta actitud de audacia y devoción frente a la vida; más que los demás hombres, parecen impregnados del misterio. Cuando los accidentes, las desventuras, desgarran su personalidad, el secreto que llevan dentro vacila, languidece, no atina con su expresión; pero persiste, incuba; y un día, como por milagro, nace todo entero: desde entonces los años posteriores sólo se dedican a la propaganda y a las experiencias que precisan, corrigen y enriquecen el nuevo concepto.

Pronto la nueva idea toma cuerpo, se transmite a otras conciencias, provoca en ellas despertares, asociaciones; desenvuelve un conjunto de preceptos que sirve de tema para las discusiones de las escuelas. Fuera de ellas, las fantasías ignorantes la acogen sin crítica, la deforman según sus ilusiones, la agrandan hasta el tamaño de la esperanza; inventan las leyendas:

responden al pensamiento no comprendido, pero deslumbrante, con una especie de reacción estética que lo vivifica y consagra.

Los que sólo pueden interesarse por el vidente, no se conforman con las limitaciones fatales en toda doctrina filosófica: se empeñan en ver en Pitágoras un profeta que ha recogido en sus largos viajes toda la sabiduría de los hombres, y aun la de los dioses, con quienes aseguran sostuvo pláticas secretas. Un halo luminoso circunda su persona. A los que traen en el corazón fuego y veneno, porque no han sabido practicar la vida, él les desata el nudo interno, los apacigua y sana. Para los enfermos del cuerpo, conoce todos los remedios que en los distintos países se preparan con las plantas. Cierta ocasión, pocos días después que los discípulos habíanlo escuchado con agrado, llegaron viajeros que aseguraron haberlo oído el mismo día, a la misma hora, disertando en una ciudad lejana; por lo que se comprendió que había estado a un tiempo en los dos lugares. Al incrédulo Anabarsis le muestra su muslo de oro y le trasmite el poder de las curaciones y de los milagros. Cuando está solo, rememora sus vidas anteriores, o mira, si le place, las futuras. En la quietud de la noche, su oído profundo escucha la música de las esferas, imperceptible para los mortales comunes.

Mientras, el inventor quizás ignora estos amables delirios; generalmente muere antes de que adquieran forma, y vive con su fe largos períodos de retiro, que interrumpe porque necesita el trato de sus semejantes, no sólo para comunicarles su visión, sino para contemplarla aumentada de relieve cada vez que concreta en otro espíritu. Sucede que la verdad se le aparece fugazmente. Hay instantes en que podría expresarla en pocas palabras, casi sólo con el gesto: así la siente de precisa y clara. Pero otras veces, en la multitud de los estados de ánimo en que se descompone la vida, ella también se deshilvana y borra. Por eso, cuando vuelve a aparecer, siente la urgencia de fijarla en el lenguaje, en el símbolo, en las cabezas de los oyentes; y así es como el vidente se vuelve maestro.

El curioso libro de Jámblico, *La Vida de Pitágoras*, resumen de antiguas fábulas, nos presenta a Pitágoras maestro:

Concibiendo, dice, que los hombres son más impresionables cuando se les aborda por el conducto de los sentidos, como acontece cuando alguien

contempla hermosas formas y figuras o escucha hermosos ritmos y melodías, estableció que la primera enseñanza debía consistir en la música y también en ciertas melodías y ritmos que hacen efecto de remedio para las pasiones y hábitos del hombre, junto con las armonías y facultades que el alma humana posee originariamente. Especial mención debe hacerse de la aplicación que hacía de ciertos aparatos y mixturas divinas, de melodías diatónicas, cromáticas y armónicas, por medio de las cuales lograba fácilmente transformar las pasiones y orientarlas, circularmente, en direcciones mejores, cuando se habían desarrollado de una manera clandestina e irracional.

De la escuela pasan pronto los pitagóricos a la verdadera comunidad donde se practica la cura de alma y cuerpo. Los ejercicios colectivos, la música, los bailes, preparan para las largas meditaciones en que el alma se experimenta a sí misma. Fuera de ciertos sanos consejos sobre el reposo, el sueño, la dieta en los alimentos y la moderación en todos los goces, no hallamos entre los pitagóricos la letra sombría de las prohibiciones. Ellos, como los hombres que han venido después, conocen la inquietud de los deseos y el martirio de las pasiones excesivas; pero no pretenden vencer la naturaleza, sino más bien servirse de ella, y lejos de desdeñar el cuerpo, procuran regirlo y embellecerlo para que se eleve con el alma a la serenidad de la contemplación, como parte que es de la naturaleza divina. Condenaron el ascetismo. Para matar el deseo, deben haberse dicho, hay dos medios: satisfacerlo o negarlo. Sobre los efectos del segundo sistema, ya quizás Pitágoras había formado sus convicciones con lo que viera practicar a los ascetas del Oriente. Y debe haberse propuesto evitar a sus conciudadanos la suerte equívoca de aquellos ilusos trágicos que muestran en los ojos la fiebre sincera del alma, pero como oscurecida con los terrores de la carne, ávida de goces y oprimida por la negación. Por eso recomendaba la experiencia que instruye y purifica. Su admirable sentido de la naturaleza debe haberle insinuado que la ambición se aniquila mejor con la saciedad, que nos la muestra vana, y que así como hay en las cosas la inercia que las obliga a emplearse hasta el máximo de su poder, también tienen las pasiones un ímpetu que sólo con el uso y el desengaño se agota.

Los prejuicios y defectos de la sociedad dificultan el ejercicio de esta moral naturalista; pero todos la comprenden justa,

y sancionan sus dictados ya con aprobación expresa, o, cuando menos, con la benevolencia que los más severos muestran para los pecados por exceso de entusiasmo o de ilusión.

La más severa de las pruebas impuestas por las disciplinas pitagóricas era la del silencio. Se asegura que con frecuencia lo observaban años enteros. Debe haber sido para ellos como una gimnasia del alma. Así como el orador que habla a los hombres de sus intereses sociales, usa los nombres de las cosas, la voz y el gesto para exponer sus ideas con orden, y se hace hábil en toda clase de respuestas, el místico adquiere en la soledad el arte de la pregunta: roza con las cosas en la meditación y les arranca expresiones misteriosamente elocuentes. Necesita del silencio material, de la quietud de los afectos, y principalmente de la concentración interna, que lo mismo logra en los desiertos que entre los hombres, con tal que sepa no oír lo inútil ni mirar lo banal; vivir absorto, mientras afuera las cosas y el trato humano parecen los fantasmas de sueño enfermizo. Vive cuando lo externo se le vuelve irreal; no cuando está con las cosas o con los hombres. El pensamiento mismo le parece envoltura, porque cada concepto, por tenue que sea su molde, le estorba la penetración del sér esencial. La vida del espíritu se halla sujeta a dos eclipses: el del sueño y el de la vida cotidiana; pero, al menos, en el sueño nocturno, el cerebro atesora energías, mientras que en la vigilia el espíritu se desvía por caminos errados: es uno y no se desdobra; si está con la vida, se enamora, se entrega y se difunde en ella, y sólo en el instante de la soledad vuelve a sí, oye su música interna y cree despertar, como si soñase mientras pensaba o quería. Por eso, para vivir conforme al espíritu, ha de tomarse la vida como sueño; un sueño más intenso que el de la noche, pero en vano como aquel a la hora del despertar. La vida ordinaria es juego breve; divertido más o menos, si nos mostramos infantiles; presuroso y útil, como juego de *sport*, para quien va de prisa, y sabe de otras cosas, y reserva lo central de su energía para explorar las esencias.

Jámblico, en el libro ya citado, nos describe semejante concentración vital:

Pitágoras, dice, no se procuraba un ánimo despierto por medio del sonido de los instrumentos o de la voz cantada, sino que empleaba cierta

inefable facultad divina, abría sus oídos y fijaba su intelecto en las sublimes sinfonías del mundo, que sólo él comprendía y escuchaba.

Más adelante agrega:

Hallándose Pitágoras, por decirlo así, permeado de estas melodías divinas, sintiendo su inteligencia fortalecida con el ejercicio que ellas le daban, se resolvió a exhibir delante de sus discípulos ciertas imágenes, que representasen, hasta donde fuera posible, todo lo que él había escuchado; y así es como se decidió a producir imitaciones de estas melodías, por medio de instrumentos musicales y con la viva voz.

* * *

Tan pronto como aparece una doctrina rica en sugerencias morales, hombres y mujeres sienten agitarse en sus corazones la esperanza de la revelación, huyen del mundo, y buscan un retiro donde labrar la nueva persona que se sienten dentro. A las almas precoces que desde jóvenes sospecharon la perfidia del vivir, se une bien pronto la prole negativa de los desencantados, brote equívoco, que cada generación aparta de sí por inasimilable y por inconforme; y juntos todos estos rebeldes del orden llano y corriente de las cosas, se obstinan en construir, con los elementos eternos de la idea, una existencia por encima de los acontecimientos y de los hombres. Cada solitario en sus meditaciones renueva el mito de Prometeo, porque con sus interrogaciones y su lucha viola la uniformidad apacible de las cosas, perturba el vivir jugoso de la animalidad feliz, de la humanidad contenta con su planeta y su voluptuosidad. Y se desgarran el corazón al quitarle sus adherencias con el goce del instante, con la seducción nativa y honda de cada sér y cada cosa—que nos demandan enteras la voluntad y la pasión; pero renacen, y se vuelven los obreros del pensamiento, los sucesores de un caudal más vasto y atractivo que toda la vivacidad seductora del presente. No es preciso que el pensador descubra; basta con que medite, estudie, escriba, o únicamente piense, para que se mantenga la continuidad de la vida ideal. Con sólo pensar, el pensamiento general se reanima y progresa. La labor mental es contagiosa; el maestro pone la semilla, y las almas la multiplican y la devuelven matizada con mil tonalidades nuevas. El factor colectivo en la labor mental es imprecisable, pero evidente; sal-

va de los desmayos al solitario, apoya y estimula el pensamiento, corrige las expresiones, enriquece los detalles, colabora, constituye el ambiente, germina las ideas, las hace latentes a un grado que el primero que las enuncia ya sólo parece que las señala, y liberta a un tiempo muchas conciencias donde la idea pugnaba por nacer: no sabe, ni él mismo, si es autor verdadero o sólo copista de la opinión del cenáculo o de la época. Hay también ideas tan poderosas, que no encuentran espacio en una sola conciencia y buscan apoyo en generaciones enteras. Sobre ellas el nombre de un autor no es emblema paterno, sino el signo bautismal que les pone el primero que vislumbra sus contornos: no como creador, sino como sacerdote que da su testimonio y su bendición.

Pitágoras también, aunque profundamente original, toma mucho del caudal riquísimo de su época. Perecides, su maestro, le enseña los secretos del mito, el fondo teleológico de las tradiciones órficas, el saber oculto de las religiones todas. En sus estudios y viajes aprende todas las artes, practica la medicina y la música, y especialmente se informa de lo que los más sabios opinan acerca de la esencia del sér y de las cosas. Y aquí es precisamente donde él ha descubierto algo extraordinario: el número, que él ha visto danzar en todo movimiento de lo creado. Y como no se da abasto para desentrañar todas las consecuencias de su intuición, ha reunido a sus adeptos, los hace trabajar, y los educa, a fin de que más tarde, después de los primeros grados de la iniciación, le ayuden a descubrir todo lo que hay de cierto y profundo en el extraño concepto.

Él no podía contar, como han contado otros, con la colaboración de todos los hombres hábiles de su época, desconocidos o famosos, porque para esto es indispensable hacer circular un libro, y él quizá no estaba preparado para escribirlo. Era demasiado sincero con su verdad para que se atreviese a mirarla reducida a la inercia de un lenguaje: él sólo la sentía inmaculada, cuando miraba el baile acompasado de los jóvenes, o cuando por la noche imaginaba que sonaban las estrellas como notas musicales al recorrer armoniosamente sus largas órbitas. Por eso Pitágoras no salió a predicar a la plaza pública ni se sentó a las discusiones de los retóricos. Se refugiaba en su escuela, y

allí se defendía de la curiosidad importuna y de la sabiduría que posee para todo fórmulas y juicios indeterminados. Se encerraba con sus discípulos, y a los humildes los instruía en la alegría de la virtud, y a los fuertes, a los que resisten el mareo y el síncope de toda altura, les hablaba del número y les mostraba el cielo.

Las comunidades pitagóricas no se dedicaban sólo a la contemplación; comprendían que la vida no puede dedicarse por entero a pensar, mientras tantas cosas están aún por hacer. Eran verdaderos laboratorios de ciencias matemáticas y físicas, de medicina y de moral. Este eclecticismo, avanzado para la época, era consecuencia del vasto saber y riqueza de facultades que distinguían al maestro. La leyenda exagera todavía más estas cualidades, y se complace en hacer de Pitágoras el centro y resumen del saber universal: relaciona las ideas pitagóricas con las doctrinas sagradas de todos los cultos y los misterios de todas las religiones. Pero ni sus largos viajes por Egipto y Persia parecen comprobados, ni mucho menos la creencia de que adquiriera en estos países las ideas fundamentales de su sistema. Ritter y Zeller estudian estas leyendas y las rechazan por inverosímiles, poniendo de manifiesto que el medio filosófico de Grecia era muy superior al de Egipto y Persia; y, por lo mismo, no eran estos países capaces de haberle dado concepto alguno importante que no conociese con anterioridad en su país natal. Aun la doctrina de la transmigración, que ha sido tradicional admitir que fué aprendida por Pitágoras en Egipto, había sido ya expuesta en Grecia por Pereides, maestro de Pitágoras, quien a su vez la fundaba en las más viejas tradiciones órficas. Griego por temperamento y por educación, Pitágoras es un ejemplo no excedido de profundidad filosófica. Mago y esteta, filósofo y santo, nada falta a su gloria.

Mas para los ataques del mundo no es escudo la virtud; antes por el contrario, parece que los atrae, y que la fortuna sólo sigue a quien acepta practicar las opiniones y los vicios generales. Pitágoras no podía ser un éxito en la sociedad. Tarde o temprano, la conciencia independiente choca con las instituciones o con los acontecimientos. La demagogia ignorante de las ciudades griegas, aliada con los intereses del culto oficial, diri-

gió contra los pitagóricos la feroz hostilidad que del instinto gregario de los pueblos brota contra aquellos que se apartan de las normales tendencias zoológicas. Toda selección vive a merced de los intereses generales, aunque ellos le sean inferiores en calidad. Constantemente la agrupación, destruyendo los avances individuales, retrograda el humano proceso, en una forma o en otra, ayer por la violencia, hoy con atropellos legislativos. Es perfectamente infundado imaginar que los tiempos ahora sean mejores para la libertad del pensamiento; lo único que cambia es el prejuicio en que la tiranía colectiva se funda para oprimir. Actualmente se considera central el problema económico, y todo lo que no se relaciona estrechamente con él ocupa un segundo término y está expuesto a la indiferencia o a la destrucción. Si los discípulos de Pitágoras fueron acusados de aristocratismo político, hoy se señala como parásitos y enemigos del pueblo a los que en ciencia, en arte o en filosofía persiguen miras ajenas al bienestar material. Y es porque los felices de este mundo, los perversos optimistas, engañan al dolor y estorban las reformas atrevidas. En defensa de sus privilegios y goces, se interponen entre el humilde y el sabio; temen que las masas escuchen la voz del pensador sincero que dice: para la dignidad de cada hombre es indispensable el bienestar de cada uno y de todos, pero no es para ocupar preferentemente la atención del espíritu un caso que tiene remedio, aunque el remedio se funde en una hipótesis imposible. La hipótesis imposible es ésta: que las gentes lleguen a poseer sentido común; y el remedio, que en seguida se pongan a organizar el trabajo con inteligencia y justicia, a la vez que se resuelven a engendrar pocos hijos. O bien, sin hipótesis, cuatro palabras: mucha cultura, pocos hijos; tal es el evangelio de la vida práctica. Pero los problemas del alma no tienen solución; demandan el esfuerzo mejor de todos los seres. Quienes así lo comprenden, se reúnen en sus academias para discutir y pensar; y a la hora de las grandes calamidades, cuando las intolerancias estallan, se dispersan, se pierden entre los demás hombres, y con el disfraz de un oficio o de un cargo, viven aislados, escondidos, como temerosos de confesar su manía divina.

Para los pitagóricos sonó muchas veces el toque de disper-

sión; torpes enemigos arrasaron sus casas, encarcelaron sus cuerpos, calumniaron sus enseñanzas. Pitágoras mismo, según una de las versiones acogidas por Diógenes Laercio, fué muerto en alguna feroz persecución; y aunque sus discípulos, establecidos en distintas ciudades de Grecia, le sobrevivieron largo tiempo y conservaron incompletos sus preceptos, al fin corrieron suerte semejante: fueron exterminados.

Uno de los pocos textos que tras de sí dejaron, comentado por Hierocles, gozaba de gran estimación todavía en la Edad Media: los *Versos Dorados* de Pitágoras, que en seguida se copian, en la versión de Rafael Urbano, son la voz oficial de la antigua escuela y la doctrina externa que circulaba en todos los labios; la otra, la revelación esotérica, el principio fundamental del sistema, no quedó registrado en textos; tan sólo por instinto adivinatorio hemos de procurar hallarlo.

VERSOS DORADOS DE PITÁGORAS

1. Honra primeramente a los dioses inmortales, según están establecidos y ordenados por la ley.
Respeto el juramento con toda suerte de religión. Honra después a los genios de bondad y de luz.
3. Respeto también a los demonios terrestres, rindiéndoles el culto que legítimamente se les debe.
Honra también a tu padre y a tu madre, y a tus más próximos parientes.
5. Escoge por amigo entre los hombres al que se distingue por su virtud.
Cede siempre a sus dulces advertencias, y a sus acciones honestas y útiles.
7. Y no llegues a odiarle por una ligera falta.
Mientras puedas, sé sufrido, pues el poder habita cerca de la necesidad.
9. Sabe que todas estas cosas son así; luego acostúmbrate a sobreponer y vencer estas pasiones:
En primer lugar la gula, la pereza, la lujuria y la cólera.
11. No cometas jamás ninguna acción vergonzosa, ni con los demás,
Ni contigo en particular; y sobre todo, respétate a ti mismo.

13. Luego observa la justicia en tus actos y en tus palabras,
Y no te acostumbres a hacer la menor cosa sin regla ni razón.
15. Haz siempre esta reflexión: que por el destino está ordenado a todos los hombres el morir,
Y que los bienes de la fortuna son inciertos, y así como se les adquiere se les puede perder.
17. En todos los dolores que los hombres sufren por la divina fortuna,
Soporta dulcemente la suerte tal como es, y no te enojas por ello.
19. Trata, sin embargo, de remediarla cuanto puedas.
Y piensa que el destino no envía la mayor parte de esos males a las gentes de bien.
21. Se hacen entre los hombres muchas clases de razonamientos buenos y malos.
No los admires en seguida, ni los aceptes tampoco.
23. Pero si avanzan las falsedades, cede dulcemente, y ármate de paciencia.
Observa en toda ocasión lo que voy a decirte:
25. Que nadie, ni por sus palabras ni por sus hechos, te seduzca jamás,
Llevándote a hacer o a decir lo que no es útil para ti.
27. Consulta y delibera antes de obrar, a fin de que no hagas acciones locas.
Porque es propio de un miserable el hablar y obrar sin razón ni reflexión;
29. Haz, pues, todo lo que por consiguiente no te afija y te obligue luego al arrepentimiento.
No hagas ninguna cosa que no sepas;
31. Pero aprende todo lo que es preciso saber, y así llevarás una vida dichosa.

- No hay que descuidar de ningún modo la salud del cuerpo;
33. Así, se le ha de dar con mesura de beber y de comer y los ejercicios que necesite.
Pero yo llamo mesura a lo que no te incomodará.
35. Acostúmbrate a vivir de una manera propia y sin lujo.
Evita provocar la envidia.
37. Y no gastes fuera de tiempo, como el que no conoce lo que es bueno y honesto.
Pero no seas tampoco avaro ni mezquino, porque la justa mesura es excelente en todas las cosas.
39. Haz sólo las cosas que no puedan perjudicarte, y razona antes de hacerlas.
No cierres tus ojos al sueño cuando te acuestes,
41. Sin examinar con tu razón las acciones del día.
¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado de hacer? ¿Cuándo debí hacerlo?
43. Comenzando por la primera de tus acciones y continuando con todas las demás.
Si en ese examen ves que has faltado, repréndete severamente, y si has hecho bien, regocíjate de ello.
45. Practica bien todas las cosas; medítalas bien; es menester que las ames con toda tu alma.
Ellas te colocarán en el camino de la virtud divina.
47. Yo lo juro por aquel que ha transmitido a nuestra alma la sagrada tetrarquía,
Fuente del correr perpetuo de la naturaleza; pero no comiences a obrar
49. Sin rogar antes a los dioses te concedan terminar lo que emprendas. Cuando te hayas familiarizado con esta costumbre

Conocerás la constitución de los dioses inmortales y la de los hombres,

51. Hasta dónde se extienden los seres y lo que los contiene y une.

Conocerás también, según la justicia, que la naturaleza de este universo es por doquiera semejante.

53. De suerte que no esperarás lo que no debe esperarse, y nada te será oculto en este mundo.

Conocerás así que los hombres se atraen voluntariamente sus males, y por su propia elección.

55. Miserables como son, no ven ni entienden que los bienes están cerca de ellos.

Hay muy pocos entre ellos que sepan librarse de los males.

57. Tal es la suerte que ciega a los hombres y les quita el espíritu.

Semejantes a los cilindros

Ruedan de aquí para allá, siempre abrumados de males sin cuento;

59. Porque la funesta contención nacida con ellos, y que les sigue, les agita sin que ellos lo noten.

En vez de provocarla o incitarla, debían huir de ella cediendo.

61. Gran Júpiter, padre de los hombres, vos los libraríais de todos los males que les abruma.

Si les mostráseis cuál es el demonio que los acecha.

63. Pero ten ánimo: la raza de los hombres es divina.

La sagrada naturaleza les descubre los misterios más ocultos.

65. Si ella te participa sus secretos, llegarás fácilmente al término de las cosas que te he ordenado.

Y curando tu alma, la librarás de todas esas penas y de todos esos trabajos.

67. Abstente de las carnes que hemos prohibido en las purificaciones.

Y por lo que hace a la liberación del alma, discierne lo justo, y examina bien todas las cosas,

69. Dejándote siempre guiar y conducir por el entendimiento, que viene de arriba y debe tener las riendas.

Y cuando después de haberte despojado de tu cuerpo mortal, seas recibido en el éter limpio y puro,

71. Serás un Dios inmortal, incorruptible, a quien no dominará la muerte.